

—Esto no es una razón, sin embargo, para vengarse en las demás, haciéndolas la corte al acaso. Yo casi tuve que enfadarme con él un día... Sé que dijo de mí muchas cosas, pero se las he perdonado. Y ahora, Claudio puede hablar—añadió para su interior, cuando Renato se marchó con la promesa de volver á los tres días á la misma hora, con la colección de sus trabajos inéditos.

Estaba satisfecha de sí misma; miróse al espejo, y exclamó:—Es mío.

Y en la presente ocasión su alegría era verdadera.

Renato comprendía que no podía ser recibido allí; desconfiaba de su mejor amigo, y se entregaba por completo.

Susana había triunfado.

X

EN EL LAZO

Susana se creía muy lista, y lo era, con efecto; pero suele ser contraproducente pasarse de listo. Acostumbrada á confundir las cosas de labor con otras que se le parecen, aunque no lo son, ignoraba las generosidades y las expansiones del sentimiento en un sér tan joven como aquel por quien se interesaba su capricho medio romántico, medio sensual. Según su cálculo, la pérfida frase que lanzó contra Claudio, había de llenar á Renato de desconfianza, y, sin embargo, imprimió, por el contrario, en Renato una irresistible necesidad de hablar con Larcher, por más que le apesadumbrara la opinión injusta que alimentaba en contra de la señora de Moraines; así que lo primero que hizo Renato en cuanto dejó á Susana, fué tomar la calle de Varenne, á donde no había vuelto desde el día en que encontró allí á Colette. ¡Qué comparaciones establecía el poeta entre ambas visitas! Poseído de la fiebre, no razonaba, y en la rapidez del progreso de su amor, sólo veía un he-

cho feliz que le movía á subir las escaleras como si fuese un niño cuando vuelve del colegio después de haber obtenido el primer premio.

El criado, en la presente ocasión, le introdujo sin dificultad, y con una cara de sacristán entristecido; preguntóle la causa, y Fernando contestó moviendo la cabeza que el señor trabajaba sin descanso hacia cuarenta y ocho horas en vez de hacerlo un poquito todos los días como él mismo y como todo el mundo.

Esta lamentación del discreto ayuda de cámara predispuso á Renato para presenciar el espectáculo que conocía perfectamente. La celda se había convertido en un laboratorio de cuartillas, ocupando en el diván de cuero el sitio de la graciosa y perversa artista, y no sólo el diván, sino la alfombra y la chimenea. Larcher trabajaba envuelto en una chaqueta llena de manchas y con algunos botones de menos, con un pañuelo liado al cuello, despeinado, sin afeitar hacía tres días y con los pies metidos en unas babuchas estropeadas. El bohemio abandonado de otro tiempo, reaparecía en el pretendido hombre de mundo, siempre que el trabajo le llevaba á su verdadera naturaleza. Claudio estaba siempre atrasado de obras y de dinero, sobre todo desde que sus relaciones con Colette le arrastraban

á gastos ruinosos, por más que no la mantuviera; porque la actriz contaba, además de su sueldo en el teatro, con veinte mil pesetas de renta que le dejó un señor ruso muerto en Plewna. Pero los coches, las comidas, los ramilletes y los regalos menudeaban, exigiendo muchos billetes de Banco á costa del cerebro de Claudio.

—Ya lo ve usted—dijo levantando su cara pálida y apretando con su mano febril la de Renato.—Quince folletines á toda prisa... Un negocio soberbio con la *Crónica Parisiense*, nuevo periódico de ocho páginas, cuyos fondos hace Audry. El otro día han venido á pedirme una novela á peseta la línea, les he dicho que sí y trato de rehacer á *Adolfo* á la moderna. Pero no es esto sólo, sino que he de escribir con la serpiente de los celos en el corazón... Cojo la pluma; se me ocurre una idea y de repente siento una voz interior que me dice: «¿Qué hace Colette?» Y dejo la pluma y me encuentro mal. No se puede pensar y sentir á la vez: es preciso escoger. Ni Hugo ni Balzac han amado nunca. Conserve usted siempre, mi querido Renato, su vida sencilla y libre, porque supongo que no se habrá usted dejado embohar por las invitaciones de todas aquellas pizpiretas que vimos en casa de la Condesa.

—Sólo he hecho una visita; adivine usted á quién... á la señora de Moraines —dijo Renato enteramente conmovido; y después con involuntaria precipitación añadió: — ¡Qué linda y qué graciosa, y qué ideas tan elevadas! ¿Tiene usted que decir también algo malo de ésta?

Claudio, que, preocupado con su propio sufrimiento, oyó á Renato distraído, contestó:

—Si se buscara en su pasado ó en su presente, algún pecadillo encontraríamos.

—¿Es que sabe usted alguna cosa de ella?

Larcher miró al joven sorprendido por el tono de la pregunta y comprendió. Por un momento tuvo tentaciones de referir á su amigo lo que conocía de las relaciones de Susana con el Barón; pero por infinitos motivos muy complejos calló, manifestándole que la había visto en algunas partes, que la encontraba menos necia que la mayoría, y que verdaderamente era muy linda, y terminó con esta frase:—Mi enhorabuena.

—Por lo visto, usted se figura que yo estoy enamorado—expuso Renato ruborizándose y conteniendo la confidencia que se le escapaba, ante las palabras de Claudio.

Éste, con sonrisa diabólica, dijo:

—¿Con que no está usted enamorado?

Y dejándose llevar después por un senti-

miento noble en él muy frecuente, agregó:

—Perdóneme usted.

Y estrechó su mano.

Mas como viera el deseo de Renato de contar los pormenores, le detuvo diciéndole:

—No me refiera usted nada, me aborrecería usted en seguida; además, hoy sufro mucho y el dolor quita toda benevolencia.

El único hombre de quien Susana quería guardarse se impuso de este modo la obligación de no hablar. Pero como Renato tenía imperiosa necesidad de desahogar su corazón, acudió á Emilia, cómplice inocente de aquella desconocida que apercibía por los ojos de su hermano como nimbo de aristocracia. Las sensaciones que trajo el poeta de la fiesta eran todas bien conocidas de la observadora y cariñosa Emilia. La lógica especial de las mujeres la inducía á mostrarse satisfecha de la intriga que se representaba en la calle de Murillo, porque los hombres excepcionales necesitan una vida y una moral excepcionales también, y además creía que por este lado nada le tomaban, mientras que aquella otra y antigua pasión por Rosalía le robaba á su querido hermano; porque Rosalía, de su misma clase, no podía unirse á Renato sino para crear una nueva familia. Tal era la situación de las cosas en aquellos momentos

complicados con la conducta del poeta, que casi no paraba en la casa, evitando á todo trance un encuentro con Rosalía y dando lugar á que la señora de Offarel preguntase en una de las ocasiones si el señor Larcher presentaba cada noche á Renato á alguna nueva Condesa, puesto que no se le veía nunca ni allí ni en su domicilio de la calle de Bagneaux; á lo que decía Fresneau, que no se había dado cuenta de las ausencias de su cuñado:—Es verdad; ¿por dónde anda?

Y Emilia contestaba siempre:—Ha vuelto á ocuparse de su *Savonarola*, y va todos los días á la Biblioteca.

Con estos antecedentes llegó el momento. Emilia entró en la habitación de su hermano, que preparaba las cuartillas de un papel japonés que ella le regaló para escribir los versos que había de leer á la de Moraines. La hermana le refirió su inocente mentira de la víspera, y él, alegre, abrazándola, le dijo:—¡Qué lista eres!

—Soy tu hermana y te quiero; esto es muy sencillo.

Y señalando los papeles, añadió:—¿Te ocupas realmente del libro?

—No, pero he de llevar una colección de mis versos á cierta señora.

—A la de Moraines.

—Lo has adivinado. ¡Si supieras!...

Y llegaron las confidencias, y Emilia hubo de escuchar el entusiasta elogio de Susana, hablándole á la vez de su elevación de ideas y sus zapatitos, de su maravillosa inteligencia y terciopelo brochado de sus muebles. Esta pueril admiración de las menudencias del lujo, unida á la exaltación más poética, venían á ser como la síntesis, no sólo de los gustos de Renato, sino de su propia hermana, que, como él, pertenecía á una familia que ha conocido el lado desagradable de la vida y confunde la aristocracia real de los sentimientos con la aparente aristocracia de las formas exteriores, y tanto se compenetró del estado de excitación del poeta, que al dejarlo solo le dijo:

—No puedes recibir á nadie... yo defenderé tu puerta... pero me has de enseñar los versos que vas á leerle... escógelos bien.

El trabajo de clasificar y copiar engañó un tanto el ardor del joven mientras llegaba la hora de su próxima visita al paraíso de la calle de Murillo. La imagen de Susana se aparecía infiltrando en su sangre el deseo delirante de que Renato no se daba cuenta, creyendo que su culto por la voluptuosa mujer era el más sentimental y etéreo; confusión que conmovía á este hombre casto, dejándole en

una dulzura y melancolía singulares. Pero en medio de su trabajo tropezaba con alguna de aquellas páginas escritas para Rosalía en el tiempo ya lejano de su amor, y entonces dejaba la pluma, y la imagen de esta flor ahuyentaba la de Susana. La casa de Offarel, fría y silenciosa; aquella madre que iba y venía rodeada de sus gatos; Angélica hojeando el diccionario inglés, y Rosalía mirándole á él, á Renato. ¡Qué visión tan terrible! Porque el poeta sentía á través del espacio aquellos ojos en que no se leía un solo reproche, sino una angustia infinita, y ésta era la causa de huir de Rosalía. La lealtad absoluta es el único medio de conservar la propia estimación en estos desarreglos de amor, y cuando debió decirle: «No seamos más que amigos», por una debilidad, mezcla de egoísmo y compasión, exclamaba: «Ganemos tiempo.»

Una ley natural exige que nuestras pasiones sean tanto más enérgicas cuanto mayores son los obstáculos que vencer, de modo que el remordimiento de traición hacia la pobre Rosalía excitó la emoción que Renato sentía al dirigirse á casa de Susana. También ésta esperaba, por su parte, al joven con febril impaciencia, cosa de que ella misma se admiraba. Era la tercera vez que lo recibía sin conocimiento de Pablo, y claro es que no po-

día ir más allá sin comprometerse ante sus ojos y ante sus criados, con tanta más razón cuanto su marido le había dicho comiendo dos días antes:— «He hablado con Desforges de Renato Vincy, que no le ha hecho buena impresión, y más vale no ver de cerca á los autores cuyas obras nos admiran.»

Por fortuna, el sirviente que introdujo al poeta no se hallaba delante cuando Pablo pronunció aquellas palabras; pero la casualidad podía descubrir el secreto, de suerte que Susana se juró que encontraría medio en la conversación para señalar á Renato un lugar de entrevistas que no fuera su propia casa.

Vestida elegantemente como de costumbre, y sentada en una pequeña butaca, que le permitía poner de relieve la adorable línea de su cuerpo, después de los saludos corrientes rogó al joven comenzase su lectura, como en efecto lo hizo él, indicando la más profunda atención el rostro inmóvil y los grandes ojos inteligentes de Susana. Sólo de cuando en cuando lanzaba alguna exclamación de entusiasmo que parecía no poder reprimir, aunque realmente los versos del poeta eran para ella tan indiferentes como ininteligibles. Son muy pocas las mujeres de sociedad que conservan su espíritu bastante cultivado en medio de una vida lo más opuesta á todo es-

tudio y toda reflexión. Pasaban versos y más versos, y la palabra que acechaba Susana como base de su intriga, no llegaba, hasta que por último tocó la vez á la composición titulada *Los ojos de la Ioconda*, potpurri simbólico, medio metafísico, medio descriptivo, que el autor prefería á todas sus composiciones, incluso el *Sigisbeo*. Con estos antecedentes, cuál no sería su contento oyendo á la señora de Moraines, que aprovechaba la ocasión, decirle:

—Si me dieran á escoger, preferiría esta composición... ¡cómo siente usted las artes! Sería preciso ver con usted las obras maestras de los grandes pintores, y estoy segura que si pudiera disfrutar de su compañía en el Museo, me enseñaría usted en los cuadros infinitas cosas que adivino sin comprenderlas; he ido muchas veces al Louvre, pero siempre sola.

Susana creía que, pronunciada la frase, Renato no dejaría pasar la oportunidad; pero aunque vió el deseo, comprendió á la vez que no se atrevía á formularlo, y entonces añadió:

—Si no temiera robar á usted su tiempo... pero hace tan poco que nos conocemos.

—¡Ah! señora, á mí me parece que soy muy antiguo amigo de usted.

—Porque usted conoce que no soy coqueta, y voy á demostrárselo rogándole me enseñe el Louvre en uno de los días de la próxima semana.